

7/11

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID. 5 DE MARZO DE 1933

NÚMERO 10

LIBRE DE IR A SIBERIA



LA TROIKA

(El artículo que va a continuación fué escrito cuando Rusia estaba todavía gobernada por los zares; esta advertencia será suficiente para que el lector pueda comprender fácilmente la forma en que se halla redactado.)

Quando, no mucho tiempo ha, Harry Holton despertó, en una luminosa mañana de febrero, se restregó los ojos y quedó algún tiempo como ensimismado, antes de darse cuenta en dónde estaba y de la manera cómo había llegado allí. Pero pronto lo recordó todo; había llegado la noche an-

terior a San Petersburgo, con mucho frío y muy cansado, y se había considerado feliz al ir a la cama, en una habitación agradable y caliente del Hotel de Europa. Harry y sus padres estaban viajando por Europa y hacía pocos días que el padre había llegado a su delicioso departamento, en París, y le dijo que él y su madre iban a llevarle con ellos a Rusia.

En la misma noche siguiente se dirigieron a la estación del Norte y ocuparon sus asientos en un curioso coche-dormitorio tan pequeño, en lo posible, como los coches "Pullman" en que Harry había via-

jado con frecuencia en su tierra. Durmió profundamente, y sólo despertó un poco antes de entrar en la gran estación de Colonia, y vió uniformes completamente diferentes de los de los oficiales de París y oyó a todo el mundo hablar en alemán en vez de francés. Aquí tuvo tiempo de tomar un apetitoso almuerzo, y hasta para correr a la plaza y contemplar por unos minutos la hermosa catedral, antes que el tren saliera para Berlín. Dos días permaneció en esta ciudad, y su padre compró confortantes pellizas o ropones de pieles, zapatos de goma forrados de piel y grandes y fuertes mantas de viaje, también de pieles, para los tres, y Harry pudo darse cuenta de que se dirigían a un país más frío que aquel que hacía poco habían visitado. El tren salió de Berlín casi al anochecer, y a la tarde siguiente llegaron a la frontera, en donde su equipaje estuvo sujeto a una rigurosa inspección por parte de unos uniformados y muy serios oficiales de la aduana rusa, por ver si llevaban algo que estuviera prohibido introducir en Rusia. Nada encontraron, y Harry y sus padres subieron al coche del ferrocarril ruso, donde había una estufa enorme, en la cual un guarda estaba amontonando leña continuamente; y hasta que llegaron a San Petersburgo, le pareció no haber visto otra cosa que árboles y nieve, con alguna que otra estación, y a las cuales corrían los viajeros a beber vasos de té caliente. Harry casi no pudo ver nada de la ciudad, por haberse dirigido rápidamente al hotel; pero un vistazo a los letreros alumbrados por las lámparas de la calle le contrarió bastante, porque, aunque las letras parecían caracteres romanos, no formaban ninguna palabra que él pudiera comprender. Los viajeros fueron recibidos a la puerta del hotel y llevados a sus cuartos por un portero alto, llamado *Suizo*, y Harry creyó al principio que eso era a causa de su nacionalidad, pero después supo que este era el nombre dado a tales domésticos.

Cuando Harry, a la mañana siguiente, estuvo ya bien despierto, dió un brinco en la cama, pensando cuánto más agradable era éste que el viejo dormitorio de París, y habiéndose vestido, se fué hacia la ventana y dirigió una mirada al exterior. Las ventanas eran dobles, con una extraña y pequeña artesa de sal entre ellas, y, sin embargo, un frío glacial pasaba entre ellas. A la parte de fuera se extendía una ancha calle, con tiendas, rotuladas con aquellos raros letreros. Pequeños trineos permanecían alineados a la orilla, con sus conductores vestidos de largas zamarras sujetas a la cintura con un ceñidor, paseando arriba y abajo, agitando los brazos y golpeando el suelo con los pies, mientras esperaban que alguno fuera a alquilarles el trineo.

La gente caminaba a prisa, apretando bien las pellizas, cuyos cuellos les cubrían las orejas. La nieve era espesa en los tejados y en la calle, y el cielo en nada se parecía a los que Harry había visto hasta entonces, claro e intensamente frío.

Su padre le había prometido un paseo aquella tarde en trineo, y, como a eso de las tres, el criado anunció que la "Troika" estaba a la puerta. La familia bajó, envuelta en pieles, y encontró un grande trineo de bajas ruedas o correderas, y suficiente ancho para que tres personas pudieran sentarse de frente. El conductor esperaba al frente y estaba vestido con un traje largo, azul, forrado de piel de carnero, ceñido a la cintura con un cordón rojo, y cubierta la cabeza con una tosca gorra de piel. La parte más notable del equipo la constituían los caballos. Eran tres; dos de ellos de un negro azabache, y el otro, blanco. Uno de ellos estaba entre varas, con un arco de madera levantado sobre el cuello y uniendo las lanzas; los otros dos estaban uno a cada lado de él; se colocó una red que llegaba desde la capota del trineo hasta el lomo de los caballos, con el fin de evitar que la nieve y el hielo les cayera en la cara. El

“Suizo” dió algunas instrucciones al conductor y partieron.

Harry tuvo ahora la oportunidad de observar las hazañas de los caballos, de los cuales le habían hablado antes de partir. El del centro trota constantemente; el de la izquierda, llamado el “coqueto”, marcha al paso, con el cuello arqueado y movimientos elegantes; el de la derecha, o *de afuera*, llamado “la furia”, se mueve cabriolando, levantando la cabeza con aire de fiereza, y, al parecer, agitándose irritado. Los tres pueden verse en el grabado, tal como se contemplan todos los días en Rusia.

Volviendo una puntiaguda esquina, la familia entró en Nevsky Prospekt, la avenida de San Petersburgo, que conduce al río Neva. Presentaba una hermosa y animada vista, alineado con hermosos edificios y llena de gente, señores y caballeros a pie o en trineos, oficiales y soldados y “mujiks” o campesinos, todos embozados y evitando, en lo posible, exponerse al aire. A veces podía verse un trineo en el cual algún oficial o noble había cambiado de sitio o asiento con el conductor, que se sentaba detrás, mientras su amo tenía las riendas. Atravesando esta larga calle, Harry pronto vió la dorada cúpula de la gran catedral de San Isaac, y volviendo entonces a la derecha, se dirigieron al muelle, junto al nevado Neva. El hielo estaba tan poblado como la tierra; la gente estaba ocupada en probar la velocidad de sus caballos en un espacio, libre de nieve, y rodeado por una multitud; otros estaban reunidos junto a un rudo campamento de lapones, y otros, cruzando y volviendo a atravesar el río. La “Troika” bajó por una pendiente suave, y pronto alcanzó la orilla opuesta. Sin tardar mucho, se hallaron en pleno campo, y una larga extensión de camino llano apareció a su vista, y, antes de que Harry pudiera darse cuenta de nada, el conductor profirió un agudo grito, y, como por arte de magia, el “coqueto” y la “furia” dejaron su paso retozón y unieron su galope al galope del caballo del centro. ¡Y qué galope! Harry sintió que su madre

se agarraba a él instintivamente, y vió la nieve y el hielo rompiéndose contra la red; y, a la verdad, la velocidad, en aquella atmósfera seca y fría, casi le quitó la respiración; pero estaba seguro que nunca en su vida había gozado tanto como en ese viaje en trineo. Esto se repitió más de una vez, y luego, volviendo de nuevo al río Neva, continuaron rápidamente adelante. Harry se había interesado mucho en la habilidad con que su cochero manejaba los caballos; y a la mañana siguiente, cuando sus padres estaban ocupados con sus visitas, les pidió que permitieran al “Suizo” buscarle el mismo cochero y dar un paseo con él. Sus padres no pusieron ninguna dificultad, y bien pronto se presentó el hombre que buscaban, con un pequeño trineo y un solo caballo. El “Suizo” recomendó a Harry que se agarrara al cinto o faja del cochero, y le enseñó la manera de hacerlo. Partieron otra vez a lo largo de Nevsky Prospekt y de los Muelles. Cuando se hallaban a alguna distancia del hotel, Harry quedó asombrado al oír al cochero dirigirse a él repentinamente en francés: “¿Y el señorito encuentra agradable el paseo?” “¡Oh!, muy agradable—contestó Harry, que entendía el francés muy bien—. Pero no podía imaginarme que usted hablara el francés.” “Sí—contestó el cochero—; lo aprendí de niño. Usted sabe, suele decirse, que nuestro propio idioma es tan difícil, que encontramos todos los demás fáciles de aprender. Yo no he sido siempre cochero; ya le contaré a usted; he conocido mejores días.”

(Continuará)

La víbora y la sanguijuela

Aunque las dos picamos—dijo un día la víbora a la simple sanguijuela—, de tu boca reparo que se fía el hombre y de la mía recela.

La chupona responde: —Ya, querida; mas no picamos de la misma suerte: yo, si pico a un enfermo, le doy vida; tú, picando al más sano, le das muerte.

EL HUESPED DIVINO

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí; qué loco desvarío;
si de mi ingratitud el hielo frío
quemó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
“¡Alma, asómate ahora a la ventana;
verás con cuanto amor llamar porfía!”

Y cuántas, hermosura soberana,
“Mañana le abriremos”, respondía,
para lo mismo responder mañana!

LOPE DE VEGA.



SECCION RECREATIVA

EN UN EXAMEN

El director.—¿Qué es lo que hacen los gusanos?

Discípulo.—La seda.

Director.—¿Y de la seda qué se hace?

Discípulo—...

Director.—Vamos a ver. La corbata que tú llevas, ¿de qué es?

Discípulo.—Me da vergüenza decirlo.

Director.—Vamos, hombre, no te dé vergüenza.

Discípulo.—Pues de unos refajos viejos de la mamá.

Avelina Carballo.

CHISTES

—Caballero, ¿qué mira usted?

—Miraba una butifarra que tiene colgada.

—Hombre, mire el eclipse y no mire otra cosa.

—Pues vaya con cuidado, no se le eclipse también, pues tengo hambre.

—¿Tú qué quieres ser?—un padre preguntó un día a su hijo.

Y sin perder un momento, contestóle:
—¿Yo? ¡Muy rico!

Pepe Carballo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia 60, Madrid.

Imp. Castilla.- Marqués de Urquijo, 10